SINESIO DELGADO

SU ALTEZA SE CASA

BOCETO DE OPERETA, EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL

MÚSICA DEL MAESTRO

PABLO LUNA

Representado por primera vez en el TEATRO INFANTA ISABEL, el día 19 de enero de 1921.

MADRID
DON RAMON DE LA CRUZ, 21
1921

6

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
LIBRAS

N.º de la procedencia

SU ALTEZA SE CASA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los representantes de D. Sinesio Delgado y de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

SU ALTEZA SE CASA

BOCETO DE OPERETA, EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO

MÚSICA DEL MAESTRO

PABLO LUNA

Representado por primera vez en el TEATRO INFANTA ISABEL, el día 19 de enero de 1921.

MADRID
DON RAMÓN DE LA CRUZ, 21
1921

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES	
Salvio	Sras.	María Gámez.
Elena	»	Joaquina Pino.
Bernarda	»	Juana Manso.
Celia	»	Blanca Jiménez.
Beatriz	»	Milagros M. Toldos.
Rosaura	»	Isabel Plaza.
Dorina	»	Carmen Posadas.
Demetrio	Sres.	Pedro Sepúlveda.
Tobías	»	Francisco Alarcón.
Floro	»	Francisco Pierrá.
Bartolino	»	Antonio Suárez.

Sitio y época, imaginarios.—Derecha e izquierda, las del actor frente al público.

ACTO ÚNICO

Galería cubierta de un palacio. Al fondo, balaustrada que une esbeltas columnas. A través de los arcos se divisa un valle pintoresco sembrado de palacetes y quintas. A la galería se entra por sendas puertas laterales cubiertas por cortinajes o tapices. Tres mesitas, con sus sillones o sillas correspondientes, están distribuídas por la escena. Es de día y un sol espléndido ilumina el valle.

ESCENA PRIMERA

SALVIO.—BARTOLINO.—Luego, ELENA.

Música.

(El preludio, que empieza a telón echado, continúa cuando se levanta, mientras el príncipe Salvio, de espaldas al público, contempla el paisaje y Bartolino va colocando sobre las mesas cacharros con nueces, trozos de pan y botellas y copas de vino. A poco, y como final del número, se oye dentro la canción de Elena.)

ELENA. (Dentro.) Vagando sin rumbo
por valles y oteros
arrastra sus penas
el pobre cantor,
y hermosas zagalas
y rudos guerreros
demandan y piden
sus trovas de amor.

722834

¡Siempre el amor!
¡Sólo el amor!
Porque es el que tiene la rara fortuna
de andar por el mundo, dejando al pasar
fragor de tormenta, fulgores de luna,
murmullos de bosque y arrullos de mar.
Y suaves olores
de esencias de flores
y airosos penachos
de vivos colores.
Y lenguas de fuego que dan resplandores
y encienden los pechos en ansias de amar.
Así con su canto
de risa o de llanto
siguiendo el camino
se va el trovador,
y labra la tierra
del valle a la sierra
dejando en el surco
sembrado el amor.
¡Siempre el amor!
¡Sólo el amor!

Hablado.

SALVIO. A mi madre no se la olvida esa canción del trovador que me cantaba para dormirme sin conseguirlo nunca, y todos los días la recuerda un par de veces para espantar el tedio.

BART. Pero a quien espanta es a las doncellas y a los pajes, que ya se la saben de memoria.

SALVIO. Silencio, Bartolino; me parece que viene.
(Sale Elena por la izquierda.)

ELENA. ¿Estás aquí, hijo mío?

SALVIO. Porque no puedo estar en otra parte. Madre, me aburro mucho.

ELENA. Si no hubieras hecho en la corte tantos

desatinos y locuras no te habría recluído tu padre en este palacio hasta que sentaras la cabeza. Pero, ¿cómo puedes aburrirte? ¿No han venido contigo tus consejeros con sus familias y su servidumbre? ¿No te acompaña tu secretario y confidente? ¿No estoy aquí yo con mis damas y mis doncellas?

SALVIO. Y a todos os agradezco el sacrificio, madre. Tanto, que procuraré ser formal para que dure poco. Hoy mismo tal vez se decidirá mi destino.

ELENA. ¿Qué quieres decir?

SALVIO. Ya lo verás. Bartolino, ¿está todo dispuesto?

BART. Todo, señor; no faltan más que los cascanueces.

SALVIO. Ve a buscarlos y avisa a los comensales. (Vase Bartolino por la izquierda.)

ELENA. Con ellos te dejo. Acaba de llegar un mensajero de la corte y voy a recibirle.

SALVIO. Ve con Dios, madre.

ELENA. Con El queda, hijo mío (Vase por la derecha. Inmediatamente aparece en la izquierda Bartolino, que alza el tapiz para que entren los personajes.)

ESCENA II

SALVIO. — BARTOLINO. — CELIA. — ROSAURA.— BEATRIZ.—TOBÍAS.—DEMETRIO.—FLORO.

BART. Pasad, señores. La merienda está dispuesta.

TOB. ¿Es lo de siempre, Alteza?

SALVIO. Sí, lo de siempre. Nueces de España, pan de Florencia y vino de Chipre. Ocupad vuestros sitios de costumbre. (Siéntanse a la mesita de la derecha Celia, Beatriz y Rosaura; a la

de la izquierda, Floro y Tobías, y a la del centro, Demetrio y Salvio.) Escancia, Bartolino.

DEMET. Sí, Bartolino, escancia. Y no te lleves la jarra demasiado lejos; que este Chipre es néctar de los dioses.

CELIA. ¿Tú sabes, Rosaura, si hay muchas nueces en el mundo?

ROSAU. Muchísimas Como que dicen que son infinitos los bosques de nogales.

CELIA. Pues para rato tenemos entonces, porque el Príncipe se ha propuesto sin duda que acabemos nosotros con ellas. Ya estoy de nueces... ¿hasta dónde te diré yo que estoy de nueces?

ROSAU. Hasta donde yo, poco más o menos.

BEAT. ¡Ay! Yo sueño con ellas. La otra noche tuve una pesadilla horrible. Se abrió el techo de la alcoba y empezó a caer una cascada.

ROSAU. ¿Una nuez cascada?

BEAT. No, no; una cascada de nueces.

SALVIO. ¿Murmuran las damas?

FLORO. Es su oficio.

CELIA. Más vale tener éste que el que os ha tocado en suerte, señor Floro.

FLORO. ¿Cuál es el mío, hermosa?

CELIA. No me lo hagáis decir delante de Su Alteza.

SALVIO. Haya paz para que no nos siente mal el refrigerio.

TOB. ¡Sí! Haya paz y comamos. No tiréis piedras a las mujeres, amigo, porque saldréis vos con alguna descalabradura.

SALVIO. ¿Cómo no os acompaña hoy vuestra mujer, señor Tobías?

TOB. Porque no puede con más nueces. Dice que la oprimen la garganta y teme perder la voz.

DEMET. Eso saldríais vos ganando.

CELIA. A doña Bernarda la gustan los pollos.

TOB. Los pollos, y los pavos, y los peces...; todo lo que vuela, nada o corre; pero de lo que se cría en los árboles no hay que hablarla.

DEMET. Y tiene razón doña Bernarda. Dicho sea con el debido respeto, son ya demasiadas nueces, Alteza.

SALVIO. ¿Qué queréis? A mí también me cansan un poco; pero es cosa de los médicos de cámara que se empeñan en castigarme de este modo por las comilonas de otros tiempos. Dicen que mi salud requiere estas meriendas.

DEMET. Pero el caso es que por cuidar de vuestra salud la vamos a perder nosotros.

TOB. De ninguna manera. Los doctores están en lo cierto. La nuez es el fruto de la naturaleza dotado de más excelentes virtudes; purifica la sangre, limpia los malos humores y despeja el entendimiento. En la antigüedad se ofrecían los hombres los unos a los otros puñados de nueces como el más exquisito regalo, y la nuez era el alimento preferido...

CELIA. Sí; de los osos y de los monos, como ahora.

DEMET. No le hagáis caso. Lo dice por llevar la contraria a su mujer; pero también está de nueces hasta la coronilla.

FLORO. ¡Cristo! ¿qué es esto? ¡Qué cosa más extraña!

SALVIO. ¿Qué te pasa, Floro?

FLORO. ¡Que acabo de cascar una nuez que está hueca!

CELIA. Tres me han tocado a mí que no tenían nada dentro.

FLORO. Es que esta tiene algo... Ved... ¡Tiene una sortija!

DEMET. ¡Cómo!

BEAT. ¿Una sortija?

CELIA. ¿Qué dice?

TOB. ¡Palabra prodigiosa! En cuanto se habló de una joya se alborotaron las damas.

SALVIO. Tranquilizáos; se trata de una broma de Floro.

FLORO. ¿Cómo broma? Aquí la tenéis; es una esmeralda con cerco de rubíes.

TOB. Es verdad. ¡Magnífica alhaja!

SALVIO. (Levantándose.) ¿Rubíes y esmeralda, dices? A ver; venga esa sortija. (Floro se la entrega.) ¿Qué significa esto? ¡Es la misma, no cabe duda!

ROSAU. ¿La conocéis, Alteza?

SALVIO. ¿No la he de conocer, si es mía?

BEAT. ¿Vuestra?

DEMET. ¿Una sortija del Príncipe dentro de una nuez? ¡Parece cosa del diablo!

ROSAU. ¡Qué raro!

BEAT. ¡Qué chocante!

SALVIO. Mía, sí, es mía. y anoche mismo... Perdonad, señoras; vosotras no podéis oir la historia. Dejadme solo con mis consejeros, porque necesito aclarar el misterio inmediatamente.

BEAT. ¿Habéis visto un lance más extraño?

ROSAU. ¡Si pudiéramos enterarnos de alguna manera...!

CELIA. Descuidad; no tardaremos en saberlo. (Vanse las tres damas por la derecha.)

ESCENA III

SALVIO.—DEMETRIO.—FLORO.—TOBÍAS. BARTOLINO.

SALVIO. Bartolino, la merienda se ha terminado; limpia y despeja.

BART. Al momento, señor. (La limpieza durará un rato.)

SALVIO. Señores, me hacen falta vuestras luces para descifrar el enigma. No entiendo cómo ha podido venir a parar esta sortija al interior de una nuez.

FLORO. Pues de que estaba allí no cabe duda.

TOB. Ni yo lo entiendo tampoco.

DEMET. ¡Cómo no sea por brujería!

TOB. ¡Dejáos de brujas y de cuentos! Procedamos con orden. ¿Recordáis dónde la habíais dejado?

SALVIO. Sí; en el dedo de una dama.

BART. (¡Hola!, y dice que se aburre.)

TOB. Pues por el hilo de la dama se sacará el ovillo de la nuez. ¿Quién es ella?

SALVIO. No sé; no la conozco.

TOB. ¿Que no la conocéis y la habéis regalado una joya?

DEMET. Pudo enviársela por medio del secretario que se emplea en esos menesteres.

FLORO. ¡Señor Demetrio! ¡Ved lo que decís!

DEMET. Lo que dicen las damas.

SALVIO. ¿No os digo que la coloqué en el dedo yo mismo?

TOB. Entonces... la recordaríais si la viérais.

SALVIO. Tampoco. No la he visto jamás.

TOB. Perdonad, pero eso es imposible.

DEMET. Explicáos, Alteza.

SALVIO. Veréis cómo ha sido. Ayer, al caer la tarde, salí solo a dar un paseo por el parque y distraído me alejé hasta el soto. Allí, cansado de la caminata, me tendí sobre la hierba y me quedé dormido. Cuando soñaba que volvía a la corte a disfrutar de nuevo de todos sus encantos, mandando al diablo las meriendas de nueces, me despertaron la lluvia que caía fuerte y recia, y el viento que cimbreaba los árboles.

TOB. La tormenta duró muy poco.

SALVIO. Duró lo bastante para que yo la recuerde toda mi vida, porque corrí a refugiarme en la gruta, que estaba como boca de lobo, y al avanzar a tientas tropecé con otra persona que, sin duda como yo, había entrado a guarecerse del chubasco.

DEMET Una mujer.

SALVIO. Una mujer que, asustada y temerosa, no hizo el menor movimiento ni dijo una palabra. Como fuera seguía zumbando el vendaval y seguía cayendo el agua, ambos tuvimos miedo y nos juntamos por instinto.

TOB. Es lo que pasa a los hombres y a las mujeres cuando se encuentran en las grutas.

DEMET. Seguid.

SALVIO. La mujer, que continuaba silenciosa como si temiera que por la voz la reconociese, tenía un talle esbelto, un cuerpo divino, una piel suave como la seda, unos brazos hechos a torno, unos labios frescos y húmedos, dulces como la fresa azucarada...

DEMET. Suprimid las descripciones, Alteza, que se nos ponen los dientes largos.

TOB. Perdonad; ¿cómo sabéis lo de los labios dulces?

SALVIO. Porque en la obscuridad y sin querer se encontraron con los míos.

TOB. Vaya por el encuentro casual. Adelante.

SALVIO. ¿Para qué seguir? Adivinad vosotros lo demás, seguros de que todo lo que podáis adivinar es cierto.

DEMET. Pues. . sea enhorabuena.

TOB. Pero hasta ahora no se ve más que una aventura vulgar.

FLORO. Vulgar y envidiable.

SALVIO. Esperad un momento. El Príncipe Salvio no podía ser un miserable; yo no podía faltar a las tradiciones caballerescas de mi

casta, y decidí en el acto que aquella mujer fuera la mía.

DEMET. ¡Qué disparate! ¡Sin conocerla!

TOB ¡Sin saber si era digna de un honor semejante!

SALVIO. ¿Qué queréis? El amor no razona; una voz interior me dijo que allí estaba mi felicidad, y quedé verdaderamente enamorado.

TOB. A veces no hay que hacer mucho caso de esas voces interiores

DEMET. Porque suelen decir tonterías.

SALVIO. Encantadora desconocida, la dije, algún día ocuparé un trono; si queréis compartirle conmigo como esposa, admitid esta sortija en señal de esponsales y presentáos a mí con ella, segura de que cumpliré mi palabra.

DEMET. ¿Y qué contestó ella?

SALVIO. Siguió muda como una estatua.

TOB. La emoción natural. El caso no era para menos.

SALVIO. Bruscamente se desprendió de mis brazos y salió de la gruta. Ya supondréis que corrí tras ella con el ansia de ver su rostro, pero la noche había cerrado por completo, y a duras penas podía distinguirse una sombra que se perdía entre la espesura del bosque. La persecución fué inútil, pues iba tan de prisa, que entró en palacio sin que pudiera darla alcance.

DEMET. ¡Ah! ¿Entró en palacio? ¿Luego se trata de una de las damas de la corte?

SALVIO. Indudablemente.

DEMET. ¿Y cómo es que no se ha presentado inmediatamente con la sortija? Casarse con vos, para llegar a ser reina, es un premio que vale la pena del bochorno.

TOB Para mí la explicación es muy fácil.

SALVIO. Decidla.

TOB. Esa mujer no se presenta porque no puede casarse con el Príncipe.

SALVIO. ¿Por qué?

TOB Porque es casada.

SALVIO. No; no es casada.

TOB. Lo es; lo es sin duda. No puede haber otra razón para que se oculte.

SALVIO. No insistáis, Tobías. Comprended que tengo motivos de sobra para estar seguro.

TOB Si vos lo decís... Pero ¿cómo se explica que aparezca la sortija en una nuez?

BART. Porque no es una nuez.

SALVIO. ¡Cómo, bergante! ¿Andas por ahí todavía?

BART. Perdonadme, señor; pero he encontrado esto entre las cáscaras y esperaba la ocasión de que volviérais a empezar por el principio.

SALVIO. Es verdad; es un estuche.

TOB. Un joyero maravilloso que el secretario ha echado a perder con el cascanueces.

FLORO. ¡Parece mentira que no lo notara!

SALVIO. Es que la imitación es perfecta. Pero ¿quién ha colocado entre las verdaderas esta nuez falsa?

DEMET. ¡Las brujas! ¡Han sido las brujas!

SALVIO. Es preciso averiguarlo, señores. Buscad, inquirid, preguntad... Yo necesito conocer a esa mujer a quien el cielo quiso unir mi vida.

FLORO. Salid todos y dejadlo a mi cargo.

SALVIO. En tu habilidad confío, amigo Floro. ¡Indudablemente es muy hermosa!

DEMET. ¡Claro! La piel de seda, los brazos torneados, los labios húmedos...

TOB. ¡El Príncipe se ha vuelto loco! (Vanse los tres por la izquierda.)

FLORO. Bartolino, tú puedes ayudarme en mis pesquisas. Inquiere entre la servidumbre.

BART. ¡Cómo! ¿Creéis que puede haber sido una criada?

FLORO. Se trata de una mujer y hay que sospechar de todas las mujeres.

BART. Ahora me hacéis caer en una cosa.

FLORO. ¿En qué?

BAR. En que anoche entró del parque muy sofocada la mujer del mayordomo.

FLORO ¡Pero si la buena señora Catalina tiene cincuenta años!

BART. Pero está bastante bien todavía.

FLORO. No digas desatinos y vete. (Bartolino, al marcharse, alza el tapiz de la derecha y se oyen dentro carcajadas y voces.)

BART. Podéis pasar si queréis, señoras. Su Alteza ha salido.

FLORO. ¡Hola! Estaban escuchando.

ESCENA IV

FLORO.—CELIA.—ROSAURA.—BEATRIZ.

Música.

LAS TRES Perdonad si venimos
donde nadie nos llama.

FLORO Si algo habéis escuchado
declarad lo que fué.

ROSAU. No sé qué de una gruta.

BEAT. No sé qué de una dama.

CELIA. No sé qué de un anillo.

LAS TRES. No sé qué, no sé qué.

FLORO. Pues yo os lo explicaré.
En el soto hay una cueva muy obscura,
y en la cueva corrió anoche una aventura
nuestro Príncipe y señor;
que el amor jugueteaba en la espesura,
y en enredos, picardía y travesura,
gran maestro es el amor.

LAS TRES. Explicadnos lo ocurrido.

FLORO. Lo tenéis que adivinar,
porque el lance es escabroso
y es difícil de contar.
Básteos saber
que hay una mujer,
a quien Salvio todavía
no ha llegado a conocer,
y a quien en las dulces
ansias del amor
elegirla para esposa
ha jurado por su honor.
En prenda su sortija
la colocó en el dedo;
pero la dama incógnita
sin duda tiene miedo,
y avergonzada acaso,
con rara timidez,
abandonó la joya.
metida en una nuez.

ROSAU. }
BEAT. } ¡Qué candidez!

CELIA. ¡Qué estupidez!
¡Suerte tan grande llega en la vida
sólo una vez!

ROSAU. ¿Quién será?

BEAT. ¿Quién será?

CELIA. Hallarla será fácil
si en el palacio está.

FLORO. Y hay que hacer que parezca
la que el Príncipe ama,
y es preciso que aclare
lo que obscuro se ve...

LOSCUA. (Yéndose.)
No sé qué de una gruta,
no sé qué de una dama,
no sé qué de un anillo...
¡no sé qué, no sé qué!
(Vanse por la derecha. Inmediatamente después vuelve a salir Celia.)

ESCENA V

Hablado.

CELIA.—SALVIO.

CELIA. Yo no les acompaño. Que sigan ellos solos buscando por todos los rincones a la futura Princesa. ¡Si pudiera hablar a solas con el Principe...! El trono es un premio que vale la pena del bochorno, como decía el señor Demetrio. (Alza el tapiz para marcharse por la izquierda.) ¡Ah!, la buena suerte está conmigo. Aquí viene. (Retrocede rápidamente y se sienta, fingiendo estar pensativa y cavilosa cuando entra Salvio.)

SALVIO. ¿Estáis sola, hermosa Celia?

CELIA. Con mis pensamientos, señor. (Levantándose respetuosamente.)

SALVIO. No os levantéis. Sentaos.

CELIA. Gracias.

SALVIO. ¿Y Beatriz y Rosaura?

CELIA. Se fueron con el secretario a hacer unas averiguaciones por encargo vuestro.

SALVIO. ¡Ah!, ¿ya sabéis?

CELIA. Sí; nos lo ha contado Floro.

SALVIO. ¿Y por qué vos no queréis ayudarme?

CELIA. Porque yo estoy segura de que sus pesquisas serán inútiles. No encontrarán a la dama misteriosa.

SALVIO. ¿Que estáis segura? Eso indica que vos la conocéis. (Se sienta a su lado.)

CELIA Sí; la conozco.

SALVIO. Decidme quién es.

CELIA. No puedo.

SALVIO. ¿Por qué? (Pausa.) ¡Cómo! ¿Calláis? ¿Habéis prometido no descubrirla?

CELIA. Sí; lo he prometido.

SALVIO. Respeto la promesa; pero, al menos, contestad a mis preguntas. ¿Es hermosa?

CELIA. Vos se lo habéis llamado muchas veces.

SALVIO. ¿Por qué no se ha dado a conocer hoy mismo?

CELIA. Porque la da mucha vergüenza. Considerad que es una doncella honesta y recatada, que se ruboriza al solo recuerdo de la aventura.

SALVIO. Es verdad, que la sangre tiñe vuestras mejillas.

CELIA. ¿Qué queréis decir?

SALVIO. Nada, nada; sigamos. ¿Por qué no habló anoche?

CELIA. Porque la sorpresa, la emoción... ¡Fuísteis tan atrevido!

SALVIO. Yo, no; el amor, que me llevó hacia ella. Y ¿por qué ocultó de tan extraño modo la sortija? ¿Es que renuncia a ser mi esposa?

CELIA. Es que pensó descubrirse de esa manera sin avergonzarse. Creyó reconocer la nuez falsa entre las otras, apartarla para sí y ofreceros la sortija como un hallazgo para que vos sólo comprendiérais el misterio y cumpliérais vuestra palabra sin hacer pública la ofensa a su decoro.

SALVIO. ¡Ingeniosa idea! Sólo hay en palacio una mujer capaz de apelar a tan sutil artimaña.

CELIA. ¿Quién?

SALVIO. Una dama de mi madre.

CELIA. ¿Cuál de ellas?

SALVIO. Vos.

CELIA. ¡Os equivocáis! Yo os aseguro...

SALVIO. Dejadme hacer una prueba: rozar mis labios con los vuestros. Yo os diré después si son o no son los mismos de anoche.

CELIA ¡Deteneos, Príncipe! Ahora no llueve ni estamos en la gruta.

Música.

SALVIO. Un beso sabe a gloria,
que llueva o que no llueva,
y si he de ser tu esposo
¿qué importa hacer la prueba?
¡Deja que recuerde
nuestro primer beso!
No seas arisca,
que no hay mal en eso.
Y el recuerdo delicioso
en la dulce intimidad,
será el manjar más sabroso,
será la felicidad.

CELIA. El manjar apetitoso
que probó en la obscuridad,
dará más tarde al esposo
la eterna felicidad.

SALVIO. Pido una leve
prueba de amor.

CELIA. Señor . .
Concederla me da rubor.
Un beso es cosa grave,
que llueva o que no llueva;
si sirve como premio
no sirve como prueba.
Que soy la de anoche
declaro y confieso.
Para demostrarlo
no hace falta el beso.
Que el recuerdo delicioso
en la dulce intimidad,
dará más tarde al esposo
la eterna felicidad.

SALVIO. El manjar apetitoso
que probé en la obscuridad,
aquí será más sabroso,
será la felicidad.

CELIA. Pero esa prueba
me da rubor.
SALVIO. Mi amor
con un beso será mayor.
Y por eso pido
por favor un beso.
CELIA. Que el pudor me impide
conceder por eso.
SALVIO. ¿Tan sólo por eso?
CELIA. Tan sólo por eso.
SALVIO. Como anoche, entonces te lo robaré.
CELIA. Pero es que yo ahora me defenderé.
SALVIO. Cuanto más me cueste mejor me sabrá.
CELIA. No; porque no estamos en el soto ya.
SALVIO. Yo te besaré.
CELIA. Cuando quiera yo.
SALVIO. ¡Que sí, que sí, que sí!
CELIA. Que no, que no, que no.
SALVIO. ¡Que sí!
CELIA. ¡Que no!

ESCENA VI

DICHOS.—BERNARDA.—Luego, DORINA.

Hablado.

BERN. (Sale por la derecha.) ¡Ah! Perdonad y seguid si queréis. Yo no me asusto.
CELIA. ¡La señora Bernarda! ¡Qué vergüenza!
BERN. No entres todavía por si acaso, Dorina. Tú no puedes ver ciertas cosas.
CELIA. ¿Qué os habéis figurado? El Príncipe se empeñaba en contarme un cuento picante y yo me negaba a oirle.
BERN. El Príncipe es muy aficionado a esa clase de cuentos.
SALVIO. Hay que luchar con el hastío del destierro, señora Bernarda.

CELIA. Ya me pagarás la sorpresa después de la boda. (Vase por la izquierda.)

BERN. Puedes entrar, Dorina. Ya no hay peligro.

SALVIO. ¿No venís sola? (Sale Dorina.)

BERN. Me acompaña mi doncella de confianza.

SALVIO. Muy linda, por cierto.

DORI. Gracias, señor.

BERN. Vengo a buscar a mi marido, y como me conozco, traigo una persona extraña que me contenga.

SALVIO. ¿Tan enfadada estáis con el señor Tobías?

BERN. ¿No he de estarlo, señor? Figuraos que ha aprovechado un momento en que me quedé dormida para venir sin mí a tomar parte en vuestra merienda. ¡Sabiendo lo que me gustan las nueces!

SALVIO. ¡Cómo! ¡Si ha dicho él que no veníais porque os hacen daño!

BERN. ¡Ah, infame! ¿Sabéis lo que quiere? Venir él solo para poder decir con toda libertad donaires a las damas. ¡Pero yo os aseguro que ha de oirme! ¿Dónde podré encontrarle ahora?

SALVIO. Yo os acompañaré en su busca, si me lo permitís

BERN. Gracias, Príncipe; sois muy galante. Espéranos aquí, Dorina.

SALVIO. Quiero presenciar su castigo por embustero. ¡Decir que no os gustan las nueces! (Vanse por la izquierda. Inmediatamente se asoma por la derecha Bartolino.)

ESCENA VII

DORINA.—BARTOLINO.—Al fin, FLORO.

BART. ¿Se fué la vieja?

DORI. ¡Ay!, ¡qué susto me has dado! Se fué; pero hazte la cuenta de que no se ha ido.

BART. ¿Por qué?

DORI. Porque no me gusta esto de que no me dejes a sol ni a sombra y me persigas por todas partes. Acabará la gente por pensar algo malo.

BART. No podrá pensar más que lo que es cierto. Que estoy enamorado de ti y que nos casaremos en cuanto tú quieras.

DORI. ¿Que nos casaremos? ¡Qué gracioso! ¿Cuándo te he dado yo pie para que te hicieras ilusiones?

BART. ¡Anda con lo que salimos ahora! ¿No has aceptado mis obsequios?

DORI. No iba a despreciarlos sin motivo.

BART. ¿No me has dicho mil veces que no te parecía costal de paja?

DORI. Porque no lo eres.

BART. ¿No te estuviste quieta cuando te di un abrazo al anochecer en la galería?

DORI. Porque casi me desmayé del susto.

BART. Pues entonces...

DORI. Entonces era entonces y ahora es ahora.

BART. ¡Ya! Ya sé que picas más alto.

DORI. ¿Yo?

BART. Tú. ¿Crées que no he visto que te hace arrumacos el secretario de Su Alteza y a tí no te disgusta?

DORI. ¿El señor Floro?

BART. El señor Floro, que es el favorito del Príncipe y viste mejor que yo, pero que no te quiere tanto como yo, y aunque te quisiera no se casaría contigo.

DORI. Y ¿quién te ha dicho que yo querría casarme con el señor Floro? (Aparece Floro en la puerta de la izquierda.)

FLORO. ¡Hola! Se habla de mí. ¿Qué haces tú aquí, galopo?

BART. Ya lo véis; acompañar a Dorina.

FLORO. Dorina no necesita que tú la acompañes. Vete. El Príncipe te llama.

BART. Es que os advierto que...

FLORO. No tienes nada que advertir. Obedece sin réplica.

BART (Dorina ha cambiado de pronto, y este Secretario... Pero no se burlarán de Bartolino.) (Vase.)

FLORO No es cierto que le llame Su Alteza. Es que no quiero yo que le hables a solas.

DORI. ¿Y si fuera mi prometido?

FLORO. Si fuera tu prometido menos todavía. Eres un manjar demasiado exquisito para la boca de un criado.

DORI Bien mirado, vos no sois otra cosa.

FLORO Eso es ofenderme y voy a castigar la ofensa ahora mismo.

DORI. ¿Cómo?

FLORO. Sellándote los labios.

DORI. ¡Alto allá, señor Floro! Reportaos, o me quejo de vuestra insolencia al Príncipe.

FLORO. El Príncipe perdona las locuras y yo estoy loco por ti, Dorina.

DORI. ¿De veras? Pues ahí os quedáis, que a mí me dan mucho miedo los locos. (Vase corriendo por la derecha.)

FLORO. Atiende, escucha... ¡Tonto de mí que la dejé escaparse! (Vase tras ella.)

ESCENA VIII

BERNARDA.—TOBÍAS.

Música.

BERN. Venid, maridito,
venid, mi señor;
¡infame, embustero,
villano y traidor.

TOB. ¡Bernarda!

BERN. ¡Tobías!

TOB. ¿Qué quieres decir?
BERN. Que a puros pellizcos
te voy a tundir.
TOB. Pero ¿por qué?
BERN. Ya lo sabrás,
y en nuestro aposento
te convencerás.
TOB. Escucha, mujer,
si quieres oir.
BERN. No quiero, no quiero,
que vas a mentir.
TOB. Estabas dormida
como un angelito.
Por no despertarte
salí despacito,
y estuve muy triste,
muy lánguido aquí,
cascando y comiendo
las nueces sin ti.
BERN. ¡Mentira!
TOB. ¡Lo juro!
BERN. No jures.
TOB. ¿Por qué?
BERN. Porque eres un hombre
sin Dios y sin fe.
Al verme dormida
saliste muy quedo
pensando de fijo
fraguar un enredo,
porque hay una joven
que te hace feliz;
acaso Rosaura,
tal vez Beatriz.
TOB. Bernarda, ¡estás loca!
BERN. ¡Tú sí que lo estás!,
y en nuestro aposento
te convencerás.
Venid, maridito,
venid, mi señor;

¡infame, embustero,
villano y traidor!

TOB. ¡Bernarda!

BERN. ¡Tobías!

TOB. ¿Qué dices, mujer?

BERN. Que voy a pincharte
con un alfiler.

LOS DOS. Y adentro la historia
se va a continuar,
porque este es el cuento
de nunca acabar.

(Vanse por la derecha. En seguida salen por el mismo lado, primero Floro, luego Elena y por último Beatriz.)

ESCENA IX

ELENA.—BEATRIZ.—FLORO.—Después, SALVIO.

Hablado.

ELENA. Esta señora Bernarda y este señor Tobías siempre lo mismo. Entrad, señor Floro. Sal, Beatriz. Y no te acongojes ni amilanes que yo te evitaré el sonrojo. Y vos ya sabéis que no me gusta que persigáis a las muchachas de la servidumbre.

FLORO. Señora, estáis equivocada; yo no he perseguido a nadie.

ELENA. ¿Querréis decirme que era Dorina la que os perseguía a vos? ¡Sois vanidoso, señor secretario!

FLORO. Señora..

ELENA. Id a avisar a mi hijo que le espero.

FLORO. ¿Le diré que estáis sola?

ELENA. Podéis decirle que me acompaña su prima Beatriz.

FLORO. Vendrá al momento. (Al ir a marcharse, por la izquierda ve venir a Salvio y retrocede.) ¡Ah!, ya

no es necesario. (Entra Salvio.) Señor, vuestra madre os aguarda.

SALVIO. Por lo visto querías hablarme.

ELENA. Sí. Pero sólo a él, señor Floro. (Floro saluda y vase.)

SALVIO. ¿El mensajero de la corte trajo alguna noticia que me interese?

ELENA. No; la noticia que te importa, mejor dicho, que nos importa a todos, viene de aquí, de este mismo palacio, y no del palacio precisamente, sino de la gruta del soto.

SALVIO. ¡Ah! ¿Ya lo sabes?

ELENA. Todo. La aventura por causa de la lluvia, tu promesa de matrimonio. .

SALVIO. Perdóname, madre; pero creo que el cielo quiso anoche fijar mi destino y que está mi felicidad en obedecerle.

ELENA. ¡Ojalá!

SALVIO. ¿Conoces a la dama?

ELENA. ¿No he de conocerla, si el lance me lo contó ella misma?

SALVIO. ¿Y qué me contestas?

ELENA. Que yo también creo que seréis muy felices... Abraza a tu prima.

SALVIO. ¿Qué tiene que ver?

ELENA. Que la abraces te digo.

SALVIO. Con mil amores. Justamente hace mucho tiempo que no deseaba otra cosa. Perdona, Beatriz; es orden de mi madre. (Se abrazan.)

ELENA. ¿No te dice nada ese abrazo?

SALVIO. Me dice que mi prima es mucho más encantadora de lo que me figuraba. ¿Puedo darla un beso también?

ELENA. Si ella te lo permite...

BEAT. No; eso no. Sería demasiado.

SALVIO. Lo siento; pero, ¿queréis explicarme...?

ELENA. ¡Cómo! ¿Pero no lo has comprendido todavía? La de la gruta es ella.

SALVIO. ¿Otra?

ELENA. ¿Cómo otra?

BEAT (¡Cielos! ¿Qué dice?)

SALVIO. Nada; no he dicho nada. (Veamos.) Hermosa prima, siempre fuí devoto de tu belleza, y como te creo digna de mí, celebro nuestro dichoso encuentro; pero ya no debe continuar el mutismo de anoche. ¿Te acuerdas, amor mío, de aquel momento en que...?

ELENA. ¡Salvio!, no la hagas hablar. A mí me lo ha contado todo acongojada y ruborosa; pero al repetirlo delante de ti se moriría de vergüenza.

BEAT. Sí, sí; no me hagas hablar, primo.

SALVIO. Pero, al menos, podrás explicarme por qué no me has presentado la sortija.

BEAT. Porque pensé distinguir de las otras la nuez en que la ocultaba y ofrecértela para que me reconocieras sin confesar mi falta públicamente.

SALVIO. (¡Lo mismo que la otra! ¿Qué significa esto?)

ELENA. ¡Pobrecilla! ¡Es tan pudorosa! ¿Ves, hijo mío? Va perdiendo el color y está a punto de desmayarse. . ¡Su situación es tan delicada!

SALVIO. Y la mía también.

ELENA. Tranquilízate, hija mía, y ven conmigo. Voy a aprovechar la vuelta del mensajero a la corte para comunicar al Rey la noticia.

SALVIO. No; espera. No digas a mi padre nada todavía... por si acaso.

ELENA. ¡Cómo! ¿Es que no piensas cumplir tu palabra?

SALVIO. Eso sí, seguramente.

ELENA. ¿Oyes, Beatriz? Sosiégate y ten calma. Ya se ha pasado lo más difícil. (Vanse por la izquierda.)

SALVIO. ¿Me habré vuelto loco? ¿La otra se refería a ésta o es ésta la que miente? ¿Habría dos mujeres en la gruta y serían dos las que...? ¡Pero, no! ¡Qué desatino! Fueran las que quisieran, la que mereció la sortija no fué más que una ¿Estaré yo seguro?

ESCENA X

SALVIO.—DEMETRIO.—ROSAURA.

DEMET. (Saliendo por la derecha.) No te acobardes hija. Por fortuna, Su Alteza está solo.

SALVIO. ¡Ah!, Demetrio, celebro que vengáis. Ahora más que nunca me hace falta vuestro consejo.

DEMET. ¿Os ocurre algo grave, señor?

SALVIO. Me ocurre que... no hubo un hombre jamás en situación semejante.

DEMET. Rosaura, sal y espérate fuera un momento.

SALVIO. Figuraos que la dama de anoche...

DEMET. ¡Ah!, pero ¿se trata de la dama de anoche? No te vayas, Rosaura.

SALVIO. Sí, de eso se trata. Habéis de saber, amigo Demetrio...

DEMET. No tenéis nada que decirme, porque justamente venía yo a daros una buena noticia. Es decir, buena según se mire, puesto que he estado a punto de matar a esta criatura.

ROSAU. ¡Padre, por Dios!

SALVIO. No entiendo qué relación pueda tener...

DEMET. Ahora lo veréis. A estas horas no tendría ya hija si me hubiera dejado llevar del primer impulso. Gracias a Dios consideré a tiempo que el Príncipe Salvio es descendiente de cien Reyes y está dispuesto a lavar la mancha del honor de uno de sus más fieles vasallos.

SALVIO. Pero, ¿queréis decirme qué mancha es esa?

DEMET. ¿No os lo figuráis? Hace un momento, Rosaura, compungida y trémula, me lo ha contado todo.

SALVIO. ¿Y qué es todo?

DEMET. Que se cobijó en la gruta huyendo del chubasco y que al poco rato vió entrar un hombre.

SALVIO. ¡Cielos, eran tres!

DEMET. No; uno. Ella dice que no fué más que uno.

SALVIO. Bien; continuad.

DEMET. Os conoció en la voz, tuvo respeto, tuvo miedo, y... todos sabemos lo demás ¿No fué así, hija mía?

ROSAU. ¡Padre! No me hagáis repetir la historia delante del Príncipe, porque me moriría de vergüenza.

SALVIO. ¡Todas se mueren de vergüenza!

DEMET. ¿Por qué, hija mía, si el Príncipe ha de ser tu esposo? ¡Ea! Dejáos de melindres y dáos un abrazo.

SALVIO. Con mucho gusto. (Acabaré por abrazar a todas las damas de la corte.) Hermosa Rosaura, ya oís a vuestro padre.

ROSAU. No tengo más remedio que obedecerle. (Se abrazan.)

SALVIO. (Tampoco es mal bocado. Mientras se averigua la verdad no se pierde el tiempo.) Pero, ¿qué os pasa? Tembláis ahora más que anoche.

ROSAU. Porque ahora no llueve ni estamos a obscuras.

ESCENA XI

DICHOS.—FLORO.—En seguida, TOBÍAS.—Después, ELENA.—BEATRIZ.—CELIA.

Empieza la música.

FLORO. Saliendo por la izquierda.) ¡Ah! Perdonad. Vuestra madre dice...

SALVIO. Dila tú que venga y avisa a los demás y venid todos. ¡La dama de la sortija ha parecido! (Aparece Tobías en la puerta de la derecha.)

FLORO. ¡Era Rosaura! ¡Quién podía sospecharlo! (Vase izquierda.)

TOB. ¡Era ésta! ¡Qué suerte tiene Demetrio!

Música.

DEMET. En nombre de Rosaura,
señor, os agradezco,
que, claro ya el enigma,
las bodas anunciéis.

SALVIO. Ya lo veréis. (Salen Elena y Beatriz.)

ELENA. En nombre de tu prima,
con gran contento mío,
celebro que proclames,
que a ser su esposo vas.

SALVIO. Ya lo verás. (Salen Celia y Floro.)

CELIA. En nombre del decoro,
cumpliendo la promesa,
la dama misteriosa
será vuestra mujer.

SALVIO. Así ha de ser.
Yo, mi palabra quiero cumplir;
pero con toda mi voluntad,
no sé del paso cómo salir
puesto que hay una dificultad.

TOB. ¿Cuál es?

DEMET. ¿Cuál es?

FLORO. ¿Cuál es?
SALVIO. Que ahora me encuentro la novedad
de que las damas han sido tres.
TOB. ¿Tres?
DEMET. ¿Tres?
FLORO. ¿Tres?
SALVIO. ¡Tres!
DEMET. Borrando de la mancha
las huellas bochornosas,
a un padre acongojado
la calma devolvéis.
SALVIO. Ya lo veréis.
ELENA. Librando tu conciencia
del peso de la falta,
demuestras que eres digno
del trono que tendrás.
SALVIO. Ya lo verás.
CELIA. Amando tiernamente,
como en aquel instante,
a la que os dió su vida
dichosa vais a hacer.
SALVIO. Así ha de ser.
Yo mi palabra quiero cumplir,
pero con toda mi voluntad
no sé del paso cómo salir
puesto que hay una dificultad.
DEMET. ¿Cuál es, cuál es?
FLORO Y TOB. ¿Cuál es, cuál es?
SALVIO. Que ahora me encuentro la novedad
de que las damas han sido tres.
TOB ¿Tres?
DEMET. ¡Tres!
FLORO. ¿Tres?
SALVIO. ¡Tres!
Sin duda al brotar
la loca pasión
que mi corazón
llegó a dominar,

perdí la noción
de tiempo y lugar,
y con la emoción
no supe contar.

TODOS. El su palabra quiere cumplir,
y aunque en hacerlo tiene interés,
está indeciso su porvenir
porque las damas han sido tres.

ROSAU. Y DEMT. Tres.

CELIA Y FLORO. Tres.

BEAT. Y TOB. Tres.

ELENA, SALVIO. Tres.

TODOS. ¡Han sido tres!

Hablado.

SALVIO. Es decir, que al anunciaros que la dama de anoche había parecido me he quedado corto, porque han parecido tres damas de anoche.

FLORO. Eso es imposible. Nos habéis dicho que no era más que una.

SALVIO. Así lo creía yo también; pero, ¿qué queréis que haga si me lo han confesado ellas mismas ..? Comprended que cuando una doncella no vacila en declarar su propio deshonor...

TOB. Entendámonos, Alteza; del honor de dos de ellas podéis responder por vuestra parte, ¿no es así?

SALVIO. Así es.

TOB. Pues es indudable que esas dos han sacrificado su reputación por el afán de ser Princesas.

FLORO. O las tres, si han tenido la idea al mismo tiempo.

SALVIO. Pero como yo soy uno nada más y no puedo casarme con las tres, es preciso que se pongan de acuerdo, ya que están presentes.

DEMET. Rosaura no ha mentido. ¡Si viérais cómo lloraba al acusarse de haber echado un borrón en los timbres de la familia!

ELENA. De Beatriz respondo. Al contarme su desventura estuvo a punto de perder el conocimiento.

TOB. ¿Y Celia?

CELIA. Yo no dije nada. El Príncipe es el que ha creído reconocerme.

TOB. Pues no salimos del atasco. ¿Estuvísteis las tres juntas en la cueva?

ROSAU. Yo estuve sola.

BEAT. Y yo.

CELIA. Y yo.

TOB. Entonces entraron además otros dos hombres que no eran el Príncipe.

ROSAU. Estoy cierta de que el mío era él.

BEAT. Y el mío.

CELIA. Y el mío.

SALVIO. Tengo yo que ser entonces quien resuelva la duda. Esperad. Hasta ahora no he tenido más prueba que un abrazo. Es preciso apelar a otra más segura.

ROSAU. ¡Ay, no! Padre, eso no.

BEAT. ¡De ningún modo!

CELIA. ¡De ninguna manera!

SALVIO. No os alarméis todavía, hermosas. La prueba que propongo no puede ser más inocente, puesto que está en la sortija. El que sirvió las nueces puede darnos la clave. Que venga Bartolino.

FLORO. Es verdad. Voy a buscarle. (En el momento de dirigirse hacia la derecha, se alza el tapiz y aparecen sucesivamente Bernarda y Bartolino.)

ESCENA XII

DICHOS.—BERNARDA.—BARTOLINO.

BERN. ¿Llamábais a Bartolino? Aquí os le traigo.

BART. No me comprometáis, señora Bernarda.

BERN. Quiero, señor, que le despidáis ahora mismo y en mi presencia.

SALVIO. ¿Ha cometido alguna falta grave?

BERN. La de perseguir con fines perversos a mi doncella, Dorina, que es de familia noble y no puede tolerar este asedio de un criado.

BART. Señor, creed que...

SALVIO. Basta; Bartolino es un buen muchacho, y el que le guste una mujer bella no merece la pena de separarle de mi servicio.

BERN. Es que, además... no quería decirlo, pero puesto que os empeñáis... saped que sospecho que me ha robado.

SALVIO. ¿Eh? ¿Cómo?

BAR. No la creáis, señor, es una calumnia

BERN. No es calumnia, no. Nadie puede haber sido más que él. Le he visto salir esta mañana de mi tocador, y he echado de menos un joyero.

DEMET. ¿Eh?

FLORO. ¿Cómo?

SALVIO. ¿Qué dice?

TOB. ¿Un joyero? ¡Pronto! ¿Cómo era ese joyero?

BERN. ¿A qué viene enfadarse? ¿Es que no puedo yo tener estuches para joyas? Este era una nuez prodigiosamente imitada que compré a un mercader de Génova ayer mismo.

TOB. ¡Ah infame! ¿Conque aquella nuez era tuya? ¡La mato!

FLORO. Reportaos, señor Tobías. Ya no tiene re-

medio. ¡Teníais razón al suponer que era casada!

TOB. Dejadme, señor Floro, dejadme.

SALVIO. ¡Era ella! ¡Qué horror! Pero no... ¡Es imposible!

DEMET. Rosaura... ¡Has mentido!

ROSAU. Padre...

ELENA. Me has engañado, Beatriz.

BEAT. Señora...

CELIA. (No he conseguido nada con calumniarme.)

BERN. Pero ¿queréis decirme qué pasa? ¿Es que mi marido se ha vuelto loco?

TOB. ¿Loco, eh? ¿Conque te vas a paseo por el soto? ¿Conque te escondes en la gruta y te callas como una muerta, pase lo que pase?

BERN. ¿Qué está diciendo este hombre?

DEMET. No os pongáis así, amigo Tobías, que debiérais estar orgulloso. Piel sedosa, brazos torneados, labios de fresa...

TOB. Soltadme de una vez que no sufro burlas. Y tú, vete; te desprecio, te repudio. No quiero verte más en mi vida.

BERN. No será sin que me digáis qué significa esto.

TOB. ¡Ah! ¿Me vas a hacer creer que no lo sabes? Príncipe, dadme la sortija.

SALVIO. Tomad. Es vuestra.

TOB. ¿Conoces esta alhaja?

BERN. Sí; estaba en el estuche que me robaron.

BART. No lo robé; lo encontré en el suelo, y creyendo que era una nuez la puse con las otras.

TOB. ¿Te la ha dado el Principe. verdad?

BERN. ¿Por qué había de dármela el Príncipe? Dorina, mi doncella, me suplicó que se la guardara, porque era un regalo de su prometido; de este perillán, sin duda.

BART. ¿Yo? ¿Cuándo diablos he tenido yo sortijas?

SALVIO. ¡Dorina! ¡Era Dorina! ¡Si ya decía yo!

TOB. Vamos a ver si mientes. Llama a Dorina.

BERN. Está ahí. Ha venido detrás de nosotros.

(Floro levanta la cortina de la derecha.)

FLORO. ¡Hola! También estaba escuchando. Entra; tu señora te llama.

ESCENA XIII

DICHOS.—DORINA.

DORI. ¿Han despedido ya a Bartolino?

BART. No; pero le despedirán muy pronto. Ya decía yo que picaba muy alto.

BERN. No se trata de Bartolino ahora. ¿No es verdad que es tuya esta sortija?

DORI. Sí; mía es. No puedo negarlo.

BERN. (A Tobías.) ¿Lo ves? ¿Te convences ahora?

TOB. (A Dorina.) ¿Quién te la dió?

DORI. No puedo decirlo.

SALVIO. Habla sin miedo. Tu secreto ya no lo es. ¿Te sorprendió la lluvia en el parque?

DORI. Sí; había salido a...

SALVIO. No importa a lo que hubieras salido. ¿Te guareciste en la gruta?

DORI. Como llovía tanto...

SALVIO. ¿Y qué pasó después?

DORI. Señor, lo sabéis como yo. No me lo hagáis decir porque me da mucha vergüenza.

SALVIO. (A ésta siquiera la da vergüenza con motivo.) Y si tenías mi palabra, ¿por qué no viniste a exigirme que la cumpliera?

DORI. No me he atrevido, señor. ¡Estáis tan alto!

ELENA. Tiene razón. Supongo que no pensarás casarte con ella.

SALVIO. ¿Y por qué no, madre? El Príncipe Salvio

cumple lo que promete. Es hermosa, es honrada; decís que su familia es noble... Si el caprichoso amor lo ha querido, ¿por qué no ha de ser Princesa?

Música.

SALVIO. En este punto cae el telón,
y os suplicamos con interés
cuatro palmadas de aprobación.
DORI. Si no son cuatro, siquiera tres.
BART. Y DEMET. Tres.
ROSAU. Y CELIA. Tres.
ELENA Y BEAT. Tres.
FLORO, BERN. Y TOB. Tres.
TODOS. ¡Siquiera tres!

TELON

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Las modistillas, sainete en un acto y en verso.

El grillo, periódico semanal, idem id. id.

La gente menuda, ídem id. id.

El baile de máscaras, ídem id. id.

Somatén, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.

La señá condesa, juguete cómico en un acto y en verso.

La puerta del infierno, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Jiménez.

La moral casera, comedia en dos actos y en verso.

La lavandera, sainete en un acto y en verso.

Lucifer, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La obra, juguete cómico en un acto y en verso.

El gran mundo, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

Paca la pantalonera, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La revista nueva o la tienda de comestibles, sátira en un acto en prosa y verso, música de los maestros Chueca y Valverde.

La clase baja, revista en un acto y en verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Brull.

Sociedad secreta, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Carlos Arniches, D. Celso Lucio y D. Fernando Manzano, música del maestro Brull.

La baraja francesa, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La república de Chamba, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Jiménez.

Los pájaros fritos, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La casa encantada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.

El toque de rancho, zarzuela en un acto y en verso, música de los maestros Marqués y Estellés.

El ordinario de Villamojada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Valverde, hijo.

El murciélago alevoso, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Luis Ansorena, música del maestro Estellés.

El ama de llaves, juguete cómico en un acto y en verso.

La procesión cívica, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Marqués.

El aquelarre, zarzuela de espectáculo en un acto, en prosa y verso, música del maestro Marqués.

La reina de la fiesta, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Torregrosa.

Los inocentes, revista en un acto, en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Estellés.

La madre abadesa, boceto lírico en un acto, en prosa y verso, música de los maestros Brull y Torregrosa.

La zarzuela nueva, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La vacante de Cañete, sainete en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor.

Los altos hornos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Lope

El beso de la duquesa, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Chapi.

Los mineros, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La espuma, comedia en un acto y en prosa.

El galope de los siglos, humorada satírico-fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Ligerita de cascos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Torregrosa.

Lucha de clases, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquin Abati, música del maestro Montero.

Mangas verdes, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montesinos.

El siglo xix, revista lírica en un acto, en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva y D. Carlos Arniches, música del maestro Montesinos.

Jaque a la reina, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montero.

Don César de Bazán, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Montero.

Tierra por medio, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Chapí.

Quo vadis....?, zarzuela de magia disparatada en un acto, en verso y prosa, música del maestro Chapí.

Las caramellas, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Morera.

¡Plus ultra! (segunda parte de la zarzuela de magia disparatada *Quo vadis...?)* en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

La leyenda dorada, revista fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Su Alteza Imperial, zarzuela en tres actos, en verso y prosa, música de los maestros Vives y Morera.

El rey mago, cuento para niños, en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

La obra de la temporada, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Valverde, hijo.

El placer de los dioses, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Pérez Soriano.

El paraiso de los niños, zarzuela fantástica infantil, en un acto, prosa y verso, en colaboración con D. Carlos Arniches, música del maestro Valverde, hijo.

La tribu malaya, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Vives.

La infanta de los bucles de oro, cuento infantil, en cuatro cuadros y en verso, música del maestro Serrano.

Los bárbaros del Norte, zarzuela fantástica en ocho cuadros, en verso y prosa, música de los maestros Chapí y Valverde

Mari-Gloria, boceto de comedia lírica, en un acto y en prosa, música de los maestros Valverde.

El carro de la muerte, zarzuela fantástica extravagante en un acto, dividido en tres cuadros. en prosa, música del maestro Barrera.

La balsa de aceite, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Lleó.

El talisman prodigioso, zarzuela fantástica, en un acto, dividido en cinco cuadros, en verso, música del maestro Vives.

La ilustre fregona, zarzuela fantástica, en un acto, dividido en siete cuadros, en prosa, música del maestro Calleja.

Las calderas de Pedro Botero, zarzuela fantástica, en un acto, dividido en siete cuadros, música del maestro Chapí.

La moral en peligro, zarzuela en un acto, dividido en dos cuadros, en prosa, música del maestro Lleó.

El diablo con faldas, comedia con música en un acto y en prosa, música del maestro Ruperto Chapí.

Cabecita de pájaro, cuento infantil en un acto, dividido en siete cuadros, en prosa.

El bebé de París, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Lleó.

Faldas por medio, sainete trágico en un acto y en prosa.

La perla del harem, cuento de damas, con adornos musicales del maestro Calleja.

Mano de santo, zarzuela en un acto, dividido en cinco cuadros, en prosa, música de Rafael Calleja.

Sansón y Dalila, comedia en dos actos y en prosa.

Gloria in excelsis, revista fantástica en un acto, dividido en cuatro cuadros, música de Amadeo Vives.

El palacio de los duendes, zarzuela en un acto, dividido en cuatro cuadros, música de Vives y Serrano.

Las dos reinas, zarzuela en un acto, dividido en siete cuadros, música de Rafael Calleja y Tomás Barrera.

Barbarroja, zarzuela en un acto, música del maestro Serrano.

Nuestro compañero en la prensa, comedia en dos actos y en prosa

La revolución desde abajo, comedia en dos actos y en prosa.

La tabla de salvación, zarzuela en un acto, dividido en cinco cuadros, música del maestro Lleó.

El libro del destino, zarzuela en un acto, música del maestro Lleó.

La autoridad competente, comedia en tres actos y en prosa.

La ley del embudo, zarzuela fantástica en un acto, dividido en cinco cuadros, música de Amadeo Vives.

El retablo de Maese Pedro, comedia en dos actos y un prólogo, en prosa.

Salud y pesetas, sainete en dos actos, en prosa.

El botón de nacar, comedia de magia en dos actos y un prólogo, con música de Pablo Luna.

Himno al amor, capricho fantástico musical en dos actos, música de Julio Gómez y M. Alonso Valdrés.

Justicias y ladrones, zarzuela en dos actos, en prosa, música de Juan Ver y Reveriano Soutullo.

Las garras del demonio. comedia de magia en un prólogo y tres actos, en prosa y verso.

El anillo de los faraones, cuento infantil en un acto, dividido en nueve cundros, en prosa, música de Emilio Acevedo.

Mi único amor, comedia en dos actos, en prosa.

Su Alteza se casa, boceto de opereta en un acto y en prosa, música de Luna.

Precio: 1,50 pesetas.